

Anton Arriola

El diario de Josef Barath



erein

El diario de
Josef Barath

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Septiembre de 2020

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Roberto Saenz Maguregui

© Anton Arriola

© EREIN. Donostia 2020

ISBN: 978-84-9109-612-2

D. L.: D 381-2020

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

Anton Arriola

El diario de
Josef Barath



Para aquellos que sufrieron los horrores de la historia.

Por aquellos que los sufrirán.

El chambelán tocó tres veces a la puerta de los Capuchinos.

—¿Quién llama? —preguntó el guardián.

Con voz segura y arrogante, nombró los más de cuarenta títulos de su señora:

—Su Majestad Zita, por la gracia de Dios, emperatriz de Austria, reina apostólica de Hungría, reina de Bohemia, Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Galitzia, Lodomeria, Iliria y Jerusalén; archiduquesa de Austria, gran duquesa de Toscana y Cracovia, duquesa de Lorena, Salzburgo, Estiria, Carintia, Carniola y Bucovina y gran princesa de Transilvania; gran voivoda de Serbia, nacida princesa real de Borbón, princesa de Parma...

El monje escuchó con paciencia la larga lista.

—No la conozco —dijo.

La puerta permanecía cerrada y el chambelán se vio forzado a golpearla otras tres veces. El intercambio se repitió, si bien en otros términos.

—¿Quién llama? —dijo el monje.

—Su Majestad Zita, emperatriz y reina —contestó con más modestia el chambelán.

—¿Qué pide?

—Entrar.

El monje, sin embargo, seguía en sus trece.

—No la conozco —repitió.

Por tercera vez debieron resonar los tres golpes en la severa puerta.

—¿Quién llama?

—Zita, una mortal y pecadora que implora la misericordia de Dios.

Siguió un breve silencio.

—Que entre —concedió, ahora sí, el guardián de los Capuchinos.

Ritual de entrada del féretro de la emperatriz Zita en la Iglesia de los Capuchinos de Viena, en cuya cripta se reunió, el uno de abril de 1989, con los restos de ciento cuarenta y cinco miembros de la familia imperial austriaca, siguiendo así una tradición que comenzara en 1633.

– I –

El sueño del húngaro

Lekeitio, 12 de octubre de 2002

Apenas había tocado a la puerta cuando las campanas comenzaron a resonar, anegando el silencio de primera tarde en un tañido hondo y fragoroso. El repique se extendió por el arrabal del Campillo. Volví la cabeza hacia el convento de clausura de las Dominicas, extrañado de que su campanario, que yo imaginaba exiguuo, pudiera ocultar tal poderío. Aguirre no tenía modo de escuchar mi llamada mientras persistiera el repique de las campanas. Crucé la calle y me pegué a la pared del convento. Desde allí, alzando la vista por encima del muro de piedra, alcanzaba a ver la buhardilla donde tenía el estudio. Había acudido tras recibir su mensaje: me pedía que me presentara allí en cuanto pudiera. Aquella urgencia solo podía significar que tenía ya la respuesta de Otto de Habsburgo. Observé las ventanas de aquella que había tildado de pajarera. Los rayos solares la atravesaban desde el otro lado. La buhardilla se abría como una torre vigía, en medio del tejado a dos aguas de la mansión. Me pregunté si sería parte del diseño original o la habría hecho construir

su actual morador. Me inclinaba por esta segunda opción. Su particular torre de marfil. Fue en ese momento cuando vi las sombras.

Dos figuras bailaban al otro lado de los ventanales que se alzaban sobre el pequeño mirador de la buhardilla. ¿Podía ser? Sí, desde luego, aquello no era en absoluto impropio del excéntrico académico. Las figuras se mantenían inmóviles unos instantes, luego se doblaban enérgicamente hacia un lado, o giraban como una peonza sobre sí mismas. Yo no era precisamente un experto, pero por el tipo de movimientos hubiera jurado que se trataba de algo similar a un tango. No pude evitar sonreír. Por lo visto la pajarera era también un nido de amor. Y los movimientos impetuosos o incluso violentos de las dos figuras dejaban traslucir mucha pasión. Comenzaba a preguntarme si no debía apaciguar mis deseos de conocer la respuesta del archiduque y regresar más tarde cuando las campanadas cesaron de improviso. En ese mismo instante, un fuerte golpe hizo temblar el cristal. Agucé la mirada sorprendido. ¿Habían tropezado en un exceso de entusiasmo? Las figuras se abalanzaron de nuevo sobre el ventanal y lo golpearon con violencia repetidas veces. Los cristales temblaban y los viejos marcos crujían a cada embestida. La inexplicable ferocidad de aquel baile provocó que mi corazón se acelerara. Al tercer o cuarto golpe, la cabeza del historiador emergió ensangrentada entre fragmentos de cristal. El resto del ventanal no tardó en hacerse añicos. Entonces el hombre que lo sujetaba, ahora podía verlo, agarró a Aguirre como si fuera un saco y tomó impulso. El cuerpo inerte desapareció un instante y después volvió a emerger catapultado. Voló por encima del mirador y tras caer un par de metros desapareció de mi vista. Un instante más

tarde el golpe llegó hasta mí, un *clonk* seco al otro lado del muro. Me recordó al sonido que hace un motor de gasóleo grande y anticuado al averiarse y detenerse de improviso. Tuve la certeza de que todo había acabado para Juan Aguirre. Incapaz de moverme del sitio, levanté la mirada. Un gigante me contemplaba desde el mirador.

Bilbao, junio de 2003

– I –

Ahora que los dramáticos sucesos y las oscuras confabulaciones de aquellos años han visto ampliamente la luz, y, en manos de reputados historiadores, han sido objeto de al menos media docena de ensayos, a nadie parece sorprender que los eventos que aquí se narran tuvieran su origen en un pequeño puerto pesquero de la costa vizcaína más apartada y salvaje, un pueblito encantador pero desconocido que, con el tiempo, quizás acabe lamentando haber dejado de ser un enclave anónimo para el gran teatro del mundo. Esos mismos historiadores –y también, me temo, otros más pedestres y sensacionalistas– han escarbado en los estratos de la historia para constatar con asombro que su musa, en un romance de siglos, parece haber gozado de una relación íntima y concupiscente con la villa marinera de Lekeitio. Así, sus hijos más notables, ilustres señores algunos, agudos intelectuales otros, destacados aventureros y marineros los más, han conocido hoy en día, pasados tantos años desde que acometieran sus hazañas, lo que damos en llamar “el favor del

público”. Sin embargo, aquella mañana de fina lluvia en la que, tras tomar la desviación de Munitibar, me adentré por las cuestas y curvas que llevan al Balcón de Vizcaya, no podía sospechar que estaba próxima su ascensión a la lista de enclaves cuyos nombres aprendemos en la escuela, lugares hasta entonces ignorados en los que el relato histórico decide colocar uno de sus hitos. Digamos, por ejemplo, Hiroshima, Nagasaki o la cercana Gernika. ¿A partir de ahora, se enseñará también en las escuelas el nombre de Lekeitio? Tal vez exagere, y es más que probable que los lugareños prefieran dejar su noble villa fuera de ese dudoso Olimpo, anegado como está en sangre y destrucción. Por desgracia, tampoco este relato se salva de ese sino.

Algo muy serio había ocurrido allí en los años veinte del siglo anterior. El diario de Josef Barath no dejaba lugar a dudas. O sí, ya que estaba incompleto, comenzaba en los años anteriores a la Gran Guerra y se cortaba bruscamente en los últimos meses de 1925, dejando entrever que el punto álgido de los hechos narrados estaba por llegar. Pero aun así contenía los suficientes elementos para haber exaltado mi imaginación y provocado que me embarcara en aquella búsqueda. El diario manuscrito había llegado hasta mí a través de José Ruiz de Azua, un adinerado y obstinado bibliófilo a quien había conocido unos meses atrás, a raíz de que adquiriera buena parte de los fondos de la biblioteca del malogrado Arcadio Ariza. Desde entonces compartía con él intereses especulativos y conversaciones divagantes e inacabables. Podíamos llegar a tratar, en una misma sesión, temas tan dispares como la teoría del Estado de Hegel y los fallos cruciales en los planes de batalla de Napoleón en Waterloo. Si bien no todo eran sesudas elucubraciones, también podían colarse en nuestras

charlas detalles picantes acerca de los amoríos de Eugenia de Montijo. El diario provenía de un chamarilero del Quai du Louvre de París. Era este un personaje del que ya me había hablado alguna vez, un emigrado iraní por cuyas venas corría en abundancia la sagaz y escurridiza sangre persa. Huido a tiempo del país al inicio de la revolución –sobre este episodio no daba detalles, pero a decir de Ruiz de Azua el calificativo de “a tiempo” se hacía de alguna manera ostensible–, se reconvirtió en comerciante de libros y objetos antiguos. A estas alturas les unía una larga y mutuamente provechosa relación, y el chamarilero no había dudado en llamar a mi amigo apenas el manuscrito llegó a sus manos.

La tarde en que me lo mostró nos encontrábamos en su biblioteca, situada en una bocacalle poco transitada del Casco Viejo bilbaíno. Era uno de esos primeros días de octubre en los que la noche acechante va cobrándose minutos de luz solar con sorprendente voracidad. Mucho antes de que acabara nuestra conversación las sombras iban a tomar el despacho, confiriendo un aire siniestro y amenazador a las pilas de archivadores plantadas sobre el suelo; Ruiz de Azua no pareció reparar en ello. Me hizo un sucinto resumen del contenido del diario. En su mayor parte se trataba de un relato de tinte costumbrista sobre los años que Zita de Borbón-Parma, última emperatriz del imperio austro-húngaro, pasó en Lekeitio. Era un pasaje de la historia que ya conocía, al menos en sus detalles principales. Sin embargo, el relato tenía el valor añadido de que su autor había sido testigo directo de aquel destierro, ya que Josef Barath, un joven proveniente de la pequeña aristocracia húngara, era por aquel entonces el preceptor del archiduque Otto de Habsburgo. Es decir, del primogénito de la emperatriz y heredero de un imperio que, pocos años

antes, en noviembre de 1918, se acabó de deshacer entre los res-coldos de una guerra perdida. Por fortuna, Barath había decidido escribir en alemán, lengua que tanto Ruiz de Azua como yo hablábamos, en lugar de utilizar la inescrutable lengua ma-giar.

Los hitos históricos del relato eran bien conocidos: tras la derrota sufrida en aquella infausta contienda, la familia real de la casa de Habsburgo se vio forzada a abandonar el palacio imperial y su querida Viena, entre las manifestaciones de hostilidad de sus detractores y la pasividad de los monárquicos. Tras un largo periplo por Suiza y Madeira, donde el emperador Carlos falleció de una neumonía, recalaron en España bajo el auspicio del rey Alfonso XIII, y, finalmente, a partir de 1922, en el Palacio Uribarren de Lekeitio. Allí habrían de pasar más de seis años. Pero tras el relato de las peripecias del destierro de los Habsburgo, el diario cambiaba por completo de cariz. A primera vista se trataba de una narración confusa, en la que parecía haber más indicios que hechos concretos, pero a tenor del recuento precipitado de Ruiz de Azua, el armazón de una grave conspiración internacional traslucía en aquellas páginas. Se trataría de una conjura de altos vuelos, con el fin último de devolver a un Habsburgo, no otro que Otto, al trono de Austria y Hungría. Orquestada en la pequeña corte que la emperatriz estableció en la villa pesquera, la idea de la conspiración iba acompañada en el manuscrito de alusiones más inquietantes: se hablaba en él de interrogatorios, sobornos, torturas, un presunto ahogado... En la penumbra que desde hacía un rato nos rodeaba no podía calibrar la expresión de Ruiz de Azua, pero sus palabras caían como mazos, impregnadas de oscuras conjeturas.

—Creo que aquí dentro tienes material suficiente para emprender una de tus renombradas investigaciones —señaló al terminar su recapitulación, a la vez que posaba una mano de dedos finos y nudosos sobre el volumen. Se levantó en ese momento y, acercándose a la pared, encendió la luz. Los seres inanimados volvieron a convertirse en simples columnas de archivadores. Al darse la vuelta observé que mi amigo sonreía de una forma ambigua, resignada pero también amarga, y en sus ojos brillaba una extraña intensidad. Junto al anhelo de conocer que se escondía detrás de las palabras febriles de Josef Barath y su disposición a que yo emprendiera aquella búsqueda, se intuía un destello de rencor. Un rencor sin inquina, simple e incontrolable envidia, deduje, porque él no poseía ya fuerzas suficientes para acompañar las pesquisas de su intelecto con la investigación sobre el terreno, y se veía forzado a depositar en mí esa misión. Pero ¿cuál era exactamente el asunto a investigar?

—Es evidente que este no es más que el primer volumen del diario —aclaró entonces—, y todo parece indicar que Josef Barath debió de continuar su narración en un segundo volumen, quizás incluso en un tercero o un cuarto, habida cuenta del detalle con el que narra los acontecimientos. Es ahí, en ese volumen o volúmenes perdidos, donde podremos descubrir la verdadera extensión de la conspiración.

Dejó pasar unos segundos antes de continuar. La pausa y su mirada fija en mí daban a entender que el privilegio que suponía aquel encargo venía acompañado de la obligación de resolver el misterio. Ruiz de Azua quería que esa carga quedara bien asentada sobre mis hombros. Una media sonrisa se esbozó en mi rostro, con la suficiente ironía para que la carga cayera al suelo

con estrépito. Por un instante, un resplandor de irritación brilló en los ojos del bibliófilo. Pero mi libertad era sagrada, y no iba a permitir que nadie volviera a ponerla en entredicho.

—El manuscrito formaba parte de la herencia de una familia emigrada al País Vasco francés durante la Guerra Civil española —prosiguió una vez encajado el golpe—. Tuve que sobornar a Faraz para lograr contactar con la heredera, una vieja arpía, ya totalmente afrancesada, que me trató como a un pariente por diosero del que uno quiere olvidarse. Asumiendo que exista, estoy convencido de que ella no tiene en sus manos la continuación del diario. En caso contrario no hubiera podido resistirse a la oferta que le hice. Aunque quién sabe, tal vez tu aclamado poder de seducción hubiera conseguido algo más —mostró aquí una sonrisa irónica que preferí ignorar—. Por mi parte, lo que logré sacar en claro tras el ejercicio de mi mayor tacto y persuasión es que sus padres provenían en efecto de Lekeitio y, en cuanto al diario, la vieja recordaba lo que siempre se dijo en su familia, que “lo había encontrado el padre escondido en algún lugar del pueblo”. Pero, que ella supiera, nunca dijo dónde. En cualquier caso, si queremos encontrar pistas sobre la suerte que corrió esa posible continuación tendremos que buscar en Lekeitio.

—“En algún lugar del pueblo...”

—Sí, tal vez una biblioteca. Quién sabe, hay infinidad de lugares donde uno podría esconder un manuscrito. El caso es que el padre de la arpía dio con el primer volumen. No perdemos nada por intentarlo. Tendrás que recorrer los lugares por donde se movía Barath. Debe de quedar en el pueblo alguien que lo recuerde.

Medité unos segundos. La agitación patente en los ojos de mi amigo había despertado de inmediato a ese otro tipo que

habita dentro de mí. Yo sabía que José Ruiz de Azua conocía demasiados secretos de la historia –o, más bien, de la intrahistoria de la Historia– para dejarse asombrar por el diario escrito por un profesor con demasiada imaginación o petulancia. Allí había ocurrido algo realmente serio, una de esas intrigas secretas que cualquier amante de la crónica histórica daría cualquier cosa por desentrañar. En cuanto a ese otro que habita dentro de mí, era el tipo perfecto para embarcarse en el esclarecimiento del misterio. Yo, por mi parte, había pasado de ser un cura atribulado por pequeñas menudencias –como no creer en Dios y tener una amante– a convertirme en un esforzado pero más bien risueño profesor de Antropología en la universidad jesuita de Deusto. Pero ese otro tipo era soñador y determinado, y en ocasiones se mostraba audaz, e incluso pendenciero.

—De acuerdo, José –dijo el tipo, o tal vez yo, qué más da–. Si así lo deseas, la semana que viene me puedo coger unos días para indagar. Creo que me estás proponiendo una investigación de resultado bastante improbable, pero no me viene mal un cambio de aires, y Lekeitio es un sitio tan bueno como cualquier otro. Reconozco que el asunto me ha intrigado. Eso sí, necesitaré leer el diario con más detalle.

—Ummgg... –el bibliófilo que había dentro de mi amigo (sí, por si no lo sabíaís, todos tenemos a alguien dentro) se estremeció alarmado, y de su laringe emergió un gruñido.

—Necesito estudiarlo con atención, y no voy a tirarme ese puñado de horas en esta cueva. Puedo imaginar lo que sería sentir tu mirada acechante sobre mis hombros, o levantar la cabeza a cada rato para encontrarme con tus ojos de vampiro. No te preocupes, antes del final de la semana te devolveré el manuscrito.

Nos despedimos, y cuando salí del portal era ya noche cerrada. Aquel era uno de los pocos rincones del Casco Viejo donde todavía la iluminación artificial era prácticamente inexistente. La calle se mostraba vacía, no se oía ningún ruido y hacía frío. Al adentrarme en la oscuridad, me pareció por un momento que caminaba sobre los escombros de otra época. Un tiempo en blanco y negro, más pausado y engolado, seguramente más inocente. Sin embargo, recordé entonces que Sigmund Freud, el hombre que más se abismó en nuestras profundidades, escribía por aquel entonces sobre el *Thanatos*, el inagotable instinto de destrucción y muerte que subyace en el interior del ser humano. Como a lo largo de la mayor parte de su vida, vivía y trabajaba en la ciudad de Viena, allí de donde habían expulsado sin miramiento alguno a la familia imperial.

Muy a su pesar, Ruiz de Azua accedió a que me llevara el diario para que pudiera realizar un estudio detallado del mismo. Una primera lectura rápida, emprendida esa misma noche en mi pequeño cubil de la calle Kukullu, me permitió intuir tanto la importancia de los acontecimientos que se narraban como de dónde surgía la necesidad de emprender la investigación que proponía mi amigo. El diario daba la impresión de establecer los preliminares de acontecimientos que habían de acontecer más adelante, lo que apuntaba con claridad a la existencia de una continuación. En realidad, ni siquiera se trataba de un diario, aunque Ruiz de Azua le hubiera conferido ese nombre por simplificar. Las entradas de Barath no estaban fechadas con exactitud, y en numerosas ocasiones ni siquiera correspondían a eventos ocurridos en días concretos, sino más bien a épocas de su vida que podían corresponder

a semanas o incluso a meses o a años. Era como si el preceptor de Otto de Habsburgo hubiera escrito una mezcla de crónica histórica y autobiografía en diversas fases, como si cada dos o tres meses en algunos casos, y pasados unos años en otros, se hubiera sentado a resumir lo que había sido su vida en el contexto de los graves acontecimientos que le tocó vivir. Esta impresión era especialmente acentuada en los primeros capítulos, que resumían de manera sucinta la Viena anterior al estallido de la guerra y la intervención del propio Barath en la contienda –el preceptor había recalado en un internado de la capital del Imperio en la adolescencia, y allí le había pillado el desencadenamiento de la conflagración–. El diario comenzaba a principios de 1920, una vez acabada la guerra, y utilizaba en él un estilo reflexivo, que miraba los hechos de una forma desapegada –un estilo por momentos similar al de un historiador–, con el que relataba su visión de unos años que fueron primero de gran esplendor y, después, súbitamente, de carnicería y horror.

Pero matizo que se trataba de una redacción solo por momentos similar a la de un historiador, porque en otros pasajes Barath utilizaba un estilo lírico y evocador en el que, de hecho, parecía dejarse el alma. Siendo las referencias históricas interesantes por provenir de un testigo de primera mano, eran estos pasajes más personales e íntimos los que acercaban al personaje y transmitían con mayor precisión el sabor de la época. O habría que decir, mejor, los distintos sabores, porque pocas veces a lo largo de la historia como en aquella Viena –que se metió con entusiasmo y superficialidad en una guerra que nunca debiera haber emprendido–, a un periodo de optimismo y pujanza en todos los órdenes de la vida siguió de forma tan precipitada la

mayor de las miserias. Y todo debido a aquella poco meditada y horriblemente trágica decisión del viejo emperador Francisco José, que se dejó empujar por el belicista conde Von Hötendorf –y de forma más decisiva por los prusianos– hacia donde nunca debiera haber caminado. Una vida marcada por las pérdidas territoriales de su Imperio y por las desgracias familiares se condensó de forma funesta en aquel momento crítico de la Historia.

A esa primera parte del diario seguía un recuento de la salida al destierro de la familia imperial y de su periplo hasta llegar a Lekeitio. La narración entraba entonces, ya en el puerto vizcaíno, en una fase de calma y sosiego, un relato de carácter casi bucólico en el que, junto a aspectos domésticos relativos a la vida en el Palacio Uribarren y a las clases que el preceptor impartía al heredero, se sucedían los paseos de la familia imperial por la playa de Isuntza, o a caballo por las cercanías, o sus salidas en el bote de remos que les regaló el propio ayuntamiento de Lekeitio. Sin embargo, en paralelo a estas actividades inocentes, Barath daba cuenta de la formación de una pequeña corte alrededor de la emperatriz, cuyos personajes principales eran el conde Degenfeld, y, en especial, Guillermo Wakonigg.

Habrá tiempo para hablar de este novelesco personaje, pero me permito adelantar aquí unas pinceladas. Wakonigg era un ingeniero de minas por el Colegio Superior de Técnica de Graz que se había instalado en 1902 en Bilbao, emprendiendo en la ciudad diversos negocios mineros. Nacido en Eslovenia, parte por entonces del imperio austro-húngaro, fue el cónsul oficial de Austria-Hungría hasta el final de la guerra, pero se las había arreglado para seguir ejerciendo como tal desde la caída del Imperio, ya de

manera informal o pseudo-oficial o como fuera el hábil calificativo que el propio Wakonigg utilizara para definir su posición. A decir de Barath, era un personaje extremadamente capaz y diligente, poseedor de numerosas e importantes relaciones. Lo describía como un hombre de gran presencia, caballeroso y valiente, y era evidente que el preceptor había caído bajo el embrujo de este hombre de mundo y *bon vivant*. Inevitablemente, tratándose de un personaje con tales cualidades, era también un avezado espía para los austriacos.

Volviendo al diario, con el avance de las páginas el papel de la corte de la emperatriz en el Palacio Uribarren iba tomando peso y tornándose cada vez más activo. Se producía entonces un punto de inflexión en la narración, que consistía en la entrada del propio preceptor en ese círculo estrecho que rodeaba a la emperatriz. Del tono exaltado y algo ingenuo de Barath, se hacía evidente que había pasado a formar parte del grupo de confabuladores no como un igual, sino como alguien útil que, por su fidelidad absoluta, podía estar dispuesto a acometer todo lo que se le pidiera. A partir de ese momento el carácter bucólico del relato desaparecía casi por completo, y comenzaban a introducirse en él consideraciones políticas y personajes del gran mundo de muy diversa índole. En sus últimas páginas el diario mutaba de nuevo, y en este caso lo que cambiaba era el lenguaje. Se diría que Barath pasaba a hablar en clave o, al menos, con demasiada ambigüedad como para que un lector no iniciado en las confabulaciones de la corte pudiera comprender el objeto de las maniobras ideadas, o, menos aún, conocer el detalle de las acciones emprendidas. Sin embargo, tal y como me había anticipado Ruiz de Azua, se entendía lo suficiente para deducir que una

conspiración a gran escala estaba en marcha en aquel ignorado palacio, colgado sobre la playa de un remoto puerto pesquero.

A lo largo de los siguientes días, encerrado en mi despacho las tardes que libraba en la Universidad, me dediqué a traducir y transcribir a un grueso cuaderno escolar pasajes del diario que me parecían particularmente interesantes. Quería tenerlos a mano una vez emprendiera la investigación, y sabía que no debía privar a mi amigo de su tesoro más allá de unos pocos días. De lo contrario, su corazón de bibliófilo comenzaría a sufrir palpitaciones. En principio quería centrarme en los pasajes principales de la última parte del diario, pero la viveza de la escritura de Josef Barath acabó por atraparme. Por momentos era fría y desapegada, hastiada de las atribuladas circunstancias que le tocó vivir y ya resignada; otras veces se tornaba melancólica, y mostraba un anhelo desgarrado por recuperar el mundo idílico de su primera juventud, el de la Viena anterior a 1914, ese que fue su periodo de mayor esplendor, unos años en los que a su fama como capital mundial de la música añadió su posición como centro cultural europeo y meca indiscutible de la filosofía. En algunas ocasiones, en particular cuando hablaba de su amada patria —no otra que Austria-Hungría, dos naciones que eran para él dos cabezas de un mismo cuerpo con alma única—, su voz emergía arrebatada y febril, y permitía vislumbrar que en su interior había un corazón que podía latir todavía con gran ardor. Barath reflejaba en aquellas páginas la lucha interior de un hombre apasionado por la vida que sin embargo había sufrido lo suficiente para estar, por momentos, próximo a tirar la toalla. Lo último que había escrito, al final del diario, eran un par de páginas de carácter introspectivo y tono muy inflamado

que podían ser interpretadas, me parecía, como las reflexiones y poemas de un lunático.

Más adelante habrá ocasión de detallar las circunstancias de su azarosa vida, o de dejar, más bien, que sea él mismo el que las narre en extractos de su diario, pero adelantaré aquí que el preceptor perdió una pierna durante la guerra, y que la rudimentaria prótesis con la que debía convivir y la inevitable y acentuada cojera resultante eran recordatorios constantes y crueles de aquella vida que ya nunca sería. Con una mezcla de orgullo y resquemor, dejaba traslucir que era un joven apuesto, y que como la mayoría de los jóvenes de la época –y, en realidad, de todas las épocas– confería gran importancia a la destreza y fortaleza físicas, cualidades de las que no carecía. En su ideario más íntimo el cuerpo de un hombre debía ser el depositario y el muestrario de su virilidad; pero una pierna artificial de aluminio y madera acababa rápidamente con ese mito.

Como digo, la personalidad compleja y sufriente de Josef Barath me atrapó y eso me llevó a transcribir en mi cuaderno numerosos pasajes relativos a su vida y pensamientos, pasajes que poco tenían que ver con la presunta conspiración, aquello que debía ser el objeto principal de mi investigación. Por supuesto, también transcribí todo lo que tenía que ver con actividades sospechosas, con lo que acabé por pasar a mi cuaderno tres cuartas partes de lo contenido en el diario. Comencé también a documentarme sobre la emperatriz Zita y los personajes principales de su corte. A final de la semana, como estaba prometido, le devolví el manuscrito a Ruiz de Azua, que lo recibió con muestras patentes de alivio. Y ese mismo domingo por la tarde, bajo una fina y persistente lluvia, me puse camino de Lekeitio.

Febrero 1920

Fue una Viena resplandeciente la que me recibió un sábado de primeros de septiembre del año 1910. Acababa de cumplir dieciséis años, y los ecos de la fiesta de cumpleaños —que era también, aunque entonces yo no fuera plenamente consciente de ello, la despedida de mi plácida adolescencia— resonaban todavía en mi interior, trayendo a mi memoria recuerdos de aquello que había dejado atrás. Tras un largo viaje desde los confines del norte del país hice noche en Budapest y continué mi camino desde la estación de Keleti poco después del amanecer. A partir de Poszony, las vías seguían el curso del Danubio, caudaloso y brillante bajo el sol. El tren rompía aquella armonía con sus pitos, traqueteos y negras humaradas. Avanzaba del pasado al futuro sin mirar atrás, y los campesinos y viticultores, que abandonaban sus labores para contemplarlo con perplejidad a pesar de haberlo visto pasar más de mil veces, parecían permanecer anclados en un mundo que se extinguía. Aburrido ya de la inacabable llanura que se extendía al otro lado de la ventana de mi compartimento, recuerdo cómo saltó mi corazón cuando, hacia el suroeste, se elevó de improviso el terreno, y surgieron ante mí las estribaciones de los Alpes. Cubiertas de verdes bosques, se alzaban paulatinamente hasta ir a dar a parar, hacia el horizonte, a lo que me pareció que eran lejanos picos nevados. Al fin y al cabo, yo era un chico de montaña. Había vivido hasta

entonces en el palacio familiar, a orillas del curso superior del Tisza, y desde la ventana de mi habitación se divisaba la cercana estampa de los Cárpatos. Una imagen que se marcaba de forma indeleble en tu interior, como la rudeza noble de las gentes del norte o los olores del palacio. Aunque quizás debiera dejar de llamar palacio a lo que pronto comprendí que no era mucho más que un viejo caserón, pero desde siempre ese era el nombre que tanto los campesinos de las tierras circundantes como los miembros de mi familia le habíamos otorgado. Sí, vivía en un palacio a la sombra de los Cárpatos, mi familia poseía carta real, y los campesinos de los alrededores, hasta más allá de donde alcanzaba la vista, estaban a las órdenes de mi padre. Pronto iba a descubrir lo poco que valían esos antecedentes en la ciudad resplandeciente. Sin embargo, éramos húngaros de sangre magiar, rodeados de rutenos por el norte y de rumanos de Transilvania por el este, y en aquellas tierras salvajes representábamos a la civilización, bajo el auspicio del emperador y por la gracia de Dios. Y Viena, la capital del imperio a la que me dirigía, era el centro de donde emanaban las directrices que daban sentido a nuestra vida. Directrices que partían de los palacios imperiales de Hofburg y Schönbrunn y de la catedral de San Esteban. Yo mismo nací un 16 de agosto, día de San Esteban de Hungría, y mi nombre de pila no era otro que Josef Esteban.

Era una Viena resplandeciente, sin duda, que emergía como por encantamiento entre jardines y campos. El tren disminuyó su marcha, y me permitió absorber con mirada exaltada cada punto de los últimos kilómetros, en los

que la naturaleza y la ciudad se confundían en una transición pacífica. De improviso cruzamos el curso del Danubio para entrar en los jardines arbolados y salpicados de millones de flores del Prater, con la estampa de su noria gigante en la lejanía. Recordé con júbilo que aquel era el parque más fabuloso del mundo, allí donde cada año, en la celebración de la batalla de las flores, las carrozas de los nobles desfilaban magníficamente adornadas frente a centenares de miles de personas. ¡Cuántas veces soñé saludar desde una de esas carrozas! Llegamos poco después al más exiguo trecho de agua del canal del Danubio, y desde ese punto el tren se fue adentrando entre los primeros edificios de la ciudad, barriadas burguesas en las que la falta de esplendor arquitectónico era suplida por el bullicio de la vida, que se desparramaba impetuosa por las calles. En aquella ciudad vivían más de dos millones de almas, una población que se había doblado en menos de cincuenta años. Alcanzamos finalmente la estación de destino. Salí del tren, no lo voy a negar, preso de cierto nerviosismo, pero un mozo de cuerda no tardó en acercarse y hacerse cargo de mi gran baúl. Un corto trayecto en calesa me llevó hasta el palacio de Nueva Favorita, sede de la academia Theresanium, la que iba a ser mi casa y lugar de aprendizaje los siguientes años. Mi intención era preparar allí la entrada en la Academia Consular; mi destino emprender una carrera diplomática. Qué impresionante me pareció en ese momento aquel edificio, que sirvió de residencia a varios emperadores del Sacro Imperio Romano. Y en qué insignificante y vetusto caserón se convirtió aquella misma tarde, cuando,

tras haberme animado a coger el tranvía y acercarme al palacio Belvedere, residencia del heredero Francisco Fernando, retorné antes de que la academia cerrara sus puertas a los estudiantes. Nueva Favorita, un edificio rectangular de aspecto militar y sin adorno alguno, no podía competir con la maravillosa arquitectura barroca del Alto Belvedere, o lo que yo fui capaz de apreciar e imaginarme de ella desde la lejanía.

En las siguientes semanas fui conociendo a los que iban a ser mis compañeros de estudio, y no tardé en comprender las jerarquías que nos separaban. En lo alto se situaban los hijos de la alta nobleza, tanto austríaca como polaca, checa o húngara. A continuación, los vástagos de lo que podía denominarse la “buena sociedad”, integrada por la nobleza inferior, el alto funcionariado, la industria y las viejas familias. Por último, a raíz de las revoluciones europeas de mediados del siglo anterior, se permitía también la entrada de familias burguesas acomodadas. Constaté que mi posición como hijo de un hacendado de las lejanas y agrestes tierras del norte –poseedor de un dudoso y desconocido título nobiliario– no estaba muy lejos de ese estrato más bajo. Lo tomé con paciencia y buen humor. Hay que tener un plan para ser determinado, y yo lo tenía. Pronto, a través de las salidas con mis compañeros los fines de semana, comprobé que la ciudad estaba igualmente estratificada. La casa imperial de los Habsburgo seguía manteniendo la batuta después de seiscientos cincuenta años, y ejercía su poder desde el Hofburg, el centro de la ciudad. Alrededor del castillo, los suntuosos palacios de la alta nobleza formaban

una suerte de segunda muralla. De ahí para abajo, las distintas capas sociales vivían en sus círculos respectivos e incluso en sus propios distritos: la diplomacia, en el tercer distrito; la industria y el comercio, con sus numerosos ricos de sangre judía, cerca de la Ringstrasse; la pequeña burguesía, en los distritos interiores del segundo al noveno; el proletariado, en el círculo exterior.

Pero Viena resplandecía, y ese resplandor reverberaba en sus avenidas y palacios, en sus teatros y cafés, en sus procesiones religiosas y en sus desfiles militares; en la inexcusable exhibición de modales elegantes y obsequiosos. Todo era color y música, urbanidad y elegancia, y era magnífico vivir allí y respirar la belleza de aquel paisaje. Como resultado, las diferentes clases sociales y las diversas procedencias convivían en armonía, y compartían un mismo sentimiento de habitar en la mejor de las ciudades. Es esta la Viena de la que me enamoré, la que penetró hasta las fibras más profundas de mi alma. Una ciudad soñada que añoraría el resto de mis días.